

## BEATRIZ AGUIRRE URRETA

por Darío G. Lazo

Me propusieron charlar con Beatriz siendo un estudiante de grado mientras cursaba la materia Paleontología, digámoslo así como para iniciar algún tema de investigación y a la vez desarrollar la tesis de licenciatura. Como esos fenómenos fortuitos e impredecibles descritos por el genio de Gould, este sería uno de los hechos más relevantes de mi carrera profesional. Habiendo probado suerte en laboratorios de histología y fisiología (sin fortuna alguna) en aquel momento golpear la puerta de la oficina 63 (de 8 cupulines y vista al río) sería un viraje de timón que me abrió las puertas del fascinante mundo de la historia de la vida en la Tierra y sus innumerables pasados remotos. Algo así como llegar a la filosofía misma de la vida, arrancando desde cero en el Precámbrico. No tengo la fecha precisa anotada, muy mal para esta semblanza de una biostratígrafa, pero fue hace aproximadamente 28 años, nada en términos geológicos, más de la mitad de mi propia existencia.

Volvamos a Beatriz. Es, remarco, actualmente Profesora Emérita de la Universidad de Buenos Aires e Investigadora Superior del CONICET. Para los desprevenidos debo advertir que no se llega a esto por casualidad. Su CV tiene muchas páginas, pero no voy a entrar en números, estadísticas o índices bibliométricos.



A lo largo de más de 40 años de carrera ha dedicado sus trabajos de investigación al estudio de amonites del Cretácico y su aplicación en la bioestratigrafía de los Andes. En otras palabras, ha dedicado su vida a fósiles que permiten datar rocas. En su carrera o su vida los Andes y los amonites son, como se dice, un solo corazón.

Levantar un amonite en el campo y saber la edad de la roca en el momento es sobre todo un hecho extraordinario, y luego extremadamente útil ya que no hay carteles indicadores ni ninguna IA que permita (al menos hasta ahora) saber la edad de una roca. Además, la señal de celular en el campo es bastante mala o nula, aunque eso sí parecería estar cambiando. Este simple hecho de tener un resto fósil en la mano y saber la edad ha dado muchísima trascendencia a sus trabajos ya que distintas especialidades necesitan

saber dónde estamos parados en cuanto a la medida del tiempo, un tema central que atraviesa a todas las ciencias de la tierra. Por supuesto hay otras formas de datar rocas, pero se requieren tareas de laboratorio, horas de microscopio o mucha plata para fechados radiométricos. Así, sus trabajos gravitan por fuera de su propia especialidad y las biozonaciones de alta precisión se utilizan como marco cronológico en estudios de estratigrafía secuencial, análisis de cuencas, astrocronología, sedimentología y geotectónica, tanto a nivel nacional como internacional. Bien sabemos que los fósiles sirven ante todo para datar las rocas y para determinar el ambiente, ella tomó el primer camino, el segundo es para otra historia.

La carrera de Beatriz demuestra una vida de perseverancia. Espíritu incansable y entusiasta. Inquieta desde pequeña, juntando conchillas y fósiles en las costas de Necochea. Estuvo de campaña en lugares difíciles como el Cáucaso y el Aconagua coleccionando fósiles a miles de metros de altura. Además de esos lugares impensables, también siguió haciendo trabajos de campo en contextos complicados, incluso haciendo uso de una vieja estanciera plateada, ya legendaria, o de hacer dedo, digamos una *hitchhicker* que queda más chic. Así que estamos

frente a una situación contraintuitiva, la imagen exterior de la dama de los amonites que disectada en block diagrama se puede apreciar un núcleo interior forjado en proporciones similares de esfuerzo y coraje, perdón de hierro y níquel. Con Beatriz aprendimos a valorar el trabajo de campo, a coleccionar nuestros propios fósiles, a revisar banco a banco los perfiles, a salir al campo siempre, pase lo que pase, a cultivar la historia y honrar a los colegas que nos precedieron en el camino.

El paso de Beatriz por las aulas fue mucho más allá del dictado de clases. No está permitido no amar la docencia y las aulas, y mucho menos a su querida Exactas. Fue la

mentora de la carrera de grado en Paleontología, pionera en el país. Gestora del "aula de Paleontología", hoy devenida en Aula Camacho, repleta de fósiles y de algunos colados actuales también, solo a modo comparativo. La carrera de Paleontología ya posee varias camadas de egresados, falta poquito para el centenar, ubicados paleogeográficamente hablando en universidades, institutos, colegios y museos, desde Jujuy hasta Tierra del Fuego. Esto también es un legado de Beatriz. No se termina aún. Fue impulsora del doctorado en Paleontología, muchos dolores de cabeza mediante, que costó años de reuniones, notas y discusiones pero que hace pocos años se hizo realidad.

En su camino formó a un grupo grande de colegas que hoy son testigos de su trayectoria y empuje, de distintas generaciones, algunos incluso formándose en la actualidad.

Ha llevado la Paleontología a lo más alto de la ciencia argentina. Ganó el premio Houssay, el premio Bunge y Born y recientemente el premio Konex, entre otras distinciones.

La carrera de Beatriz es una de sueños y objetivos cumplidos. En su escritorio hay un poster de Darwin y otro de Mandela y una mesa llena de amonites. Frecuentemente es la persona que cierra la puerta del área al terminar el día.